

cargaba guano, provista de un pasaporte del cónsul argentino en Montevideo. El Gobernador de Punta Arenas envió la corbeta chilena «Magallanes», apresándola. Cuando se conducía a la «Jeanne Amelie», naufragó a la entrada del Estrecho. Este suceso produjo una verdadera tempestad en la Argentina.

Pero no vamos a continuar glosando el libro de don Luis Barros Borgoño. Necesitaríamos muchas páginas de *Atenea*. Bástenos decir que su interés reside sobre todo en la copiosa documentación y en las cartas de Barros Arana, que manifiestan el tino con que procedió el historiador chileno y la lealtad con que sirvió al país. En general, el conocimiento que tenía de la materia era completo, si exceptuamos su máxima equivocación al considerar la zona patagónica como tierras de escaso valor. El tiempo y el empuje argentino han demostrado lo contrario.—A. T.



<https://doi.org/10.29393/At144-133DPLP10133>

EL LIBRO PRIMERO DE MARGARITA. Poesía. *Juvencio Valle*. Ediciones Caleuche

Lo primero que llama la atención al leer este volumen de poesía en prosa es la riqueza del estilo del autor, la abundancia de imágenes y metáforas de todas calidades y cierta gracia, liviandad y frescura que parecen derivar de un íntimo placer que hubiera experimentado el poeta al escribir sus poemas. Pero luego esta fiesta de palabras, en que abundan sonidos, colores, destellos, aromas, trozos de paisajes, principia a aburrirnos. Nos preguntamos a título de qué trae el autor a colación todas aquellas cosas, qué se propone, cuál es su moral, su filosofía, su concepto del arte, porque consideramos natural que un hombre escriba, en verso o prosa, con el fin principal de comunicar a los demás sus convicciones, sus ideales, sus sentimientos, su visión y concepto del mundo. Entonces acudimos al título de

la obra para explicarnos los propósitos del autor: «El libro primero de Margarita». Tal vez esto nos dé la clave. El autor ha querido, simplemente, entretener a una chicuela y por esto ha tratado de escribir un libro superficial, agradable y frívolo. Pero luego caemos en la cuenta de que los niños serán los que menos puedan aprovechar de este libro, pues la atención vacilante, el humor variable de la infancia necesitan algo consistente, un nexo, una intriga para fijar su pensamiento. Por otra parte, sería muy cruel tratar de distraer a los niños con este cúmulo de sensaciones y visiones furtivas, sin dar a sus tiernas inteligencias una orientación, un rumbo, una explicación de los fenómenos y los hechos que los rodean y en los cuales los niños nadan como en un océano de misterio.

Es indudable que el autor se dirige a los adultos, y no a los adultos corrientes y vulgares, sino a los iniciados en las fórmulas y técnica de la nueva poesía, a los selectos que merecen entrar al templo del arte deshumanizado. Nos parece difícil que en estos pocos años, no más de una veintena, la humanidad, o una pequeña parte de ella, todos los afiliados al arte deshumanizado o futurista, hayan experimentado una transformación tan profunda, una transmutación espiritual tan completa, que las antiguas nociones fundamentales de orden, lógica, claridad, coordinación, análisis y síntesis, se hayan pulverizado y que ciertas mentalidades se complazcan en la anarquía, el amontonamiento, el caos. Algunos creen ver en este arte deshumanizado una derogación de las leyes de la realidad, un derrumbamiento de las laboriosas construcciones de la razón y, por otra parte, una orgullosa afirmación del imperio arbitrario de la conciencia, una declaración categórica del yo. En esta forma, el arte nuevo vendría a ser una derivación postrera de la filosofía subjetiva o idealista, que ha proclamado la independencia del pensamiento frente a la naturaleza, que ha parangonado el universo que perciben los sentidos y comprende la razón, con el universo abstracto, intangible, hecho de normas, esencias y

principios que vive en nuestra conciencia, y ha dado la primacía a este último. Según esta creencia, las sutiles especulaciones metafísicas habrían llevado a los poetas nuevos a este desprecio de la realidad, a este desdén por todo el afanoso trabajo de la razón para comprender y ordenar el mundo sensible, y los habría lanzado en un mundo de creaciones desorbitadas y caprichosas, en que no hay más ley que la percepción del momento, ni más guía que la forma dispersa en que las ideas acuden a nuestra atención, cuando se deja vagar sin freno el pensamiento. El arte nuevo reflejaría así un caos en que lo consciente y subconsciente se confunden, una amalgama en que todos los valores y nociones tan laboriosamente adquiridos bailan una danza fantástica y loca.

Desde luego, para refutar estos conceptos, podemos afirmar que no hay oposición o antagonismo entre lo consciente y lo subconsciente, entre el instinto, la razón y la intuición, entre la materia y el espíritu. La filosofía materialista, reconociendo que la energía es el principio fundamental y que lo que llamamos materia asume diversas formas, según sea un mayor o menor grado de concentración de energía, se ha acercado mucho a la filosofía espiritualista, según la cual el universo material no es una realidad concreta que tenga existencia propia, sino que existe sólo como un acto de creación o decomposición de la conciencia. Para el nuevo materialista, el universo ha perdido su pétrea realidad y ha pasado a ser un haz de energías, una fuerza en perpetuo movimiento, un principio vital que se manifiesta a nuestros sentidos en las cosas, las formas y los hechos. Para el espiritualista el universo sigue siendo una creación del pensamiento, una manifestación de la más alta forma de energía que conocemos, la conciencia. Obreros que cavan un túnel desde distintos flancos de la cordillera, espiritualistas y materialistas acabarán por darse la mano en el corazón de la montaña, en el seno de la realidad, porque ambos llevan un rumbo dado por los descubrimientos perfectibles, pero indestructibles de la cien-

cia y la filosofía. En cambio los poetas y filósofos incoherentes y arbitrarios, que no toman su rumbo a las estrellas, que no hacen converger todas las potencias de su ser, instinto, razón, intuición, en la obra ordenada y armoniosa de comprender y explicar los fenómenos del universo, nos dan la impresión de los topos y conejos que sólo cavan en los flancos de la montaña pequeñas cuevas, donde aposentar sus vidas precarias y primitivas.

La poesía nueva, de que el señor Juvencio Valle es un esclarecido representante, ha surgido como escuela revolucionaria, pretendiendo destruir el arte del pasado, caduco y anacrónico, para reemplazarlo por otro depurado, libre de trabas y convenciones. Las revoluciones realizan una obra destructora, demuelen los viejos edificios que ya no responden a las nuevas necesidades y a la nueva estética. Por eso entusiasman tanto a las multitudes, ya que cualquiera es aparente para empuñar una picota y largarse a demoler. Pero después, cuando se necesita construir, organizar algo, para reemplazar el orden antiguo que se redujo a polvo, hay que recurrir a las herramientas, los métodos y las autoridades del pasado, a todo lo cual se agregan, naturalmente, las nuevas adquisiciones de la experiencia y el pensamiento, las que no derogan, sino que corrigen y mejoran el acervo heredado. Por lo demás, mientras más exagerada y extrema es una revolución, es decir, cuando trata de reemplazar los privilegios injustos del pasado con otros poderes igualmente arbitrarios, tanto más violenta es la reacción, tanto más nítido y vigoroso resurge el pasado. Después de los excesos y horrores de la revolución francesa, los viejos monarcas vuelven del destierro y se sientan en el trono de sus mayores. Si esta nueva poesía revolucionaria, que ya ha impuesto durante muchos lustros el imperio de la arbitrariedad, el desorden y al tumulto, se muestra incapaz de crear un arte que satisfaga las necesidades esenciales de orden y claridad del espíritu, va a realizar una obra tan funesta como la de los jacobinos, y harán que los

viejos maestros clásicos, románticos, modernistas—esta última calificación resulta también anticuada—vuelvan a sentarse en el trono y asumir el mando literario.

Es interesante dejar constancia de que mientras más superficial es la cultura de un pueblo, más apasionados y escandalosos son los movimientos de renovación literaria. La revolución literaria impone una transformación que mira principalmente al estilo, a la forma, a la exterioridad. Lo fundamental se remueve poco, así como las tempestades llegan amortiguadas al fondo del océano. El fondo de la obra literaria guarda relación con las pasiones, los sentimientos, y por último el espíritu, es decir, lo más permanente del hombre. Los hombres superficiales, como los niños, se apasionan por las cuestiones de forma y no advierten lo esencial. Entre los ingleses, que se pueden exhibir como modelo de alta cultura, de equilibrio y moderación, de sana tendencia filosófica a discernir lo esencial de lo accesorio, la renovación literaria se ha cumplido, de acuerdo con la calma y serenidad sajona, en forma de evolución pacífica y no de revolución sangrienta. Algo análogo ha pasado en Alemania, a pesar de que el orgullo y el autoritarismo teutones hacen allí más áspera todas las relaciones. Siempre se ha dicho que los franceses son los depositarios del equilibrio y la claridad latinos, pero estas cualidades miran allí más a la forma que al fondo de la obra de arte. Por otra parte, el francés es ya francamente meridional y sensual y tiene orgullo insaciable, impaciencia de gloria, afán de lucro para satisfacer sus urgentes apetitos y su manía de grandezas. Por eso la historia literaria registra ahí odios implacables, luchas cavernarias, terribles anatemas. En España el fenómeno se agrava, por haber ahí más pasión y menos criterio y reflexión. Los indoamericanos, advenedizos de la literatura, fanáticos y gregarios en todo orden de cosas, tomamos estos movimientos literarios extranjeros, que no reflejan lo más noble del pensamiento europeo, con la pasión de los imitadores, y los más jóvenes y exaltados salen a

gritar por las calles y a apedrear los monumentos venerables. Como el artista de la parábola del Wilde, que sólo tenía bronce para hacer una estatua, nosotros tenemos poca admiración, escasa comprensión, y necesitamos fundir los ídolos de ayer para forjar con el mismo material de entusiasmo los ídolos de hoy. Entre nosotros, las escuelas literarias y las generaciones se odian, lo que prueba que estamos intoxicados de vanidades, que sufrimos violencia de pasiones y debilidad de pensamiento.—D. PERRY B.

### LOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA

En este ensayo de Julio Navarro Monzo, de quien dijo Keyserling: «Yo creo que la labor de este hombre puede ser una bendición para la América del Sur», haremos resaltar antes que nada el alto sentido de la responsabilidad del intelectual frente a los problemas de la época que demuestra. Porque Navarro pone su cultura e inteligencia al servicio de la interpretación de los fenómenos económicos, sociales y políticos, sobre todo en relación a los países indoespañoles. Esta actitud suya acusa lealtad al medio en que actúa, porque afirma e indica la imperiosa obligación que tiene el intelectual americano de estudiar sus problemas continentales, clarificarlos y clasificarlos dándoles su correspondiente jerarquía, buscándoles su solución más adecuada.

Empieza Navarro refiriéndose a la inestabilidad de las repúblicas sudamericanas y a sus constantes revoluciones, de las que no se ha escapado ningún país de origen hispánico, siendo una de las características que en Europa más se han prestado para las sonrisas y los sarcasmos. Sólo tres naciones se escaparon durante largo tiempo a esta fiebre endémica: Brasil, Argentina y Chile. Pero desde la caída de Pedro II, el Brasil; desde